

La muerte en el *ritmo* hacia la incorrupción del hombre en la doctrina de Ireneo de Lyon

*Death in the rhythm towards the incorruption of man,
in Irenaeus of Lyons' doctrine*

José Antonio Carrascosa Fuentes¹

Universidad Católica de Cuyo
Argentina
jacarrascosa7@uccuyo.edu.ar

Resumen

En la doctrina ireneana, el hombre es considerado esencialmente carne hecha y plasmada. Esta realidad humana de ser carne hecha denota la dependencia ontológica de la creatura con su creador, ya que de Él obtiene la existencia. Su origen tiene implicancias insoslayables. Por ser creatura, la persona humana pertenece a la categoría de los seres *factus* en contraposición al ser *infectus* que es Dios. El otro término que define la condición humana es ser plasmado. El hombre, y sólo él, fue *factus* mediante la *plasis* de las manos de su Hacedor. Fue *plasmatus*. Mereció el privilegiado honor de ser modelado por el Creador. La idea de plasmación nos remite directamente a las condiciones

¹ Doctor en Educación por la Universidad Católica de Cuyo. Profesor y Licenciado en Filosofía. Diplomado en Estudios Patrísticos y Docente e investigador de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Cuyo. Docente y Regente del Instituto Superior de Formación Docente Santa María de la Universidad Católica de Cuyo. Miembro de la Asociación Internacional de Estudios Patrísticos. Autor del libro "Proyecciones pedagógicas de la antropología de Ireneo de Lyon". Ha publicado otros títulos como coautor y es autor de artículos sobre antropología filosófica, educación para el amor.

humanas de flexibilidad, maleabilidad y capacidad de transformación. ¿No son estas condiciones esenciales de todo discípulo en su proceso pedagógico? Gracias a estas cualidades el hombre es apto para el desarrollo y crecimiento que puede, desplegar durante su existencia.

La muerte, ¿será un obstáculo para este proceso? El hombre creado y destinado para la vida eterna, al padecer la muerte ¿queda sin la posibilidad de terminar su configuración divina? ¿Tiene la muerte, y la vida después de ésta, alguna finalidad pedagógica? Responderemos estas preguntas desde la doctrina del Obispo de las Galias.

Palabras clave: proceso pedagógico - perfectibilidad - desarrollo humano- incorrupción

Abstract

In the Irenaean doctrine, man is considered essentially fleshmade and shaped. This human reality, of being made of flesh, denotes the creature's ontological dependence with its creator, since it obtains existence from Him. From its origin, man can never renounce or escape his relation to God. By being a creature, man, belongs to the category of beings factus as opposed to being infectus which is God. The other term that defines the human condition is to be embodied. Man, and only him, was made factus through the plasis of God's hands. It was plasmatus. He earned the privileged honor of being shaped by God. The idea of embodiment leads us directly to the human conditions of flexibility, malleability and capacity for transformation. Are not these essential conditions of every disciple in his pedagogical process? Thanks to these qualities, man is suitable for the development and growth that he will have to display along his existence.

Death, will it be an obstacle to this process? Man, created and destined for eternal life, by suffering death, is he left without the possibility of completing his divine configuration? Does death, and life after it, have some pedagogical purpose? We will answer these questions from the doctrine of the Bishop of Gaul.

Keywords: pedagogical process – perfectibility – human development - incorruption

Cita sugerida: Carrascosa Fuentes, J. A. (2022). La muerte en el ritmo hacia la incorrupción del hombre en la doctrina de Ireneo de Lyon. *Revista de Historia Universal*, 24, 147-158

1. La dimensión pedagógica en Dante e Ireneo de Lyon

La obra más emblemática de Dante, *La Divina Comedia*, posee según Hernández de Lamas (2016), un carácter pedagógico, no sólo en cuanto que muestra, a quién la lee, el destino que el alma tendrá según sus obras después de la muerte, sino que también manifiesta el *contrapaso* en las diversas penas que se sufren en los cantos de los dos primeros libros, a saber: el infierno y en el purgatorio.

Esta idea de *contrapaso*, entendida como el *acto que regula la condena de los reos mediante el contrario de su culpa* (Hernández de Lamas, 2016, p. 60), sugiere la idea de que el cumplimiento de las penas en el infierno o en el purgatorio tienen una finalidad educativa. Éste último sentido del carácter pedagógico de la obra de Dante es la que nos interesa rescatar, pero en relación con la doctrina de un autor mucho más antiguo: Ireneo de Lyon.

Entre los que integran la ilustre nómina de los Padres de la Iglesia se destaca Ireneo de Lyon, al ser considerado por quienes se dedican a la ciencia teológica como su precursor y el más sobresaliente entre los pensadores y escritores de su siglo (Vives, 1970, p. 112). Así lo afirma Eusebio de Cesarea: Por estos tiempos (tiempos de Marco Aurelio) florecía en la Iglesia Hegesipo (...) Dionisio (...) Y además de éstos, Felipe, Apolinar (...) y, sobre todos, Ireneo (1973, IV 21).

Este eximio Padre de la Iglesia nació hacia el 140/160 probablemente en la región del Asia Menor, en la ciudad de Esmirna (actualmente Izmir, Turquía), ciudad donde ejerció el

ministerio episcopal el gran Policarpo. Tras el martirio de éste se redobló el celo evangelizador de los smirnititas haciendo que una colonia de cristianos de la región de Frigia se dirigiera hacia territorios que aún no habían conocido la buena nueva. Entre ellos, un anciano de setenta años, Potino, tal vez smirnitita y discípulo de Policarpo, fue el jefe del grupo y el elegido para ocupar la sede episcopal de Lyon y Vienna. Se presume que Ireneo también se haya unido a esta colonia junto a Potino (Dufourcq, 1949, p. 121). Su fama se extendió por la defensa de la fe frente a la doctrina de los gnósticos. La fecha de su muerte se calcula hacia el 202 (Morales, 2008, p. 115).

Los escritos de Ireneo tienen la fama de ser hábiles instrumentos para la refutación de las doctrinas gnósticas y constituyen, por esto, una de las fuentes más valiosas de la literatura cristiana primitiva. Por la cercanía que él tuvo con los apóstoles las obras de Ireneo son de un interés incalculable, a pesar de que en ellas hay una ausencia de retórica, cuestión que él mismo advierte:

No puedes esperar de mí, que resido entre los celtas y estoy acostumbrado a usar casi continuamente un dialecto bárbaro, ninguna exhibición de retórica, que no aprendí nunca ni tampoco la calidad en la composición, que nunca he practicado, ni siquiera un estilo hermoso y persuasivo, que no pretendo. Pero tú aceptarás con espíritu benévolo lo que yo te he escrito con el mismo espíritu, con simplicidad, sinceridad y modestia. (Ireneo de Lyon, I Pr 3).

De sus muchas obras, escritas en su lengua materna, esto es, el griego, se conservan solamente dos: *Desenmascaramiento y derrocamiento de la pretendida pero falsa gnosis*, conocida como *Adversus haereses* y *Demostración de la enseñanza apostólica*. De las demás, sólo se conocen referencias en otros autores, como por ejemplo en Eusebio de Cesarea.

No es común encontrar referencias pedagógicas de la obra de Ireneo de Lyon. Pero no es posible entender la teología ireneana sin esta dimensión que es base de su antropología.

En la doctrina del lugdunense la relación y dependencia del hombre respecto a Dios queda configurada por su condición de creatura entendida como carne hecha y plasmada. La realidad humana de ser carne hecha denota la dependencia ontológica de la creatura con su creador ya que de Él obtiene la existencia. A partir de su origen, el hombre nunca podrá renunciar ni escapar a su relación con Dios. Por ser creatura pertenece a la categoría de los seres *factus* en contraposición al ser *infectus* que es Dios.

Esta idea se complementa con otro término que define la condición humana: el ser plasmado. El hombre, y sólo él, fue *factus* mediante la *plasis* de las manos de Dios. Fue *plasmatus*. Mereció el privilegio de ser modelado por Dios. La idea de plasmación nos remite directamente a las condiciones humanas de flexibilidad, maleabilidad y capacidad de transformación. ¿No son éstas condiciones esenciales de todo discípulo en su proceso pedagógico? Gracias a estas cualidades, el hombre es apto para el desarrollo y crecimiento que tendrá que desplegar durante su existencia.

La dinámica del desarrollo humano se encuentra, para Ireneo, en los mismos inicios del Génesis. En el sexto día de la creación, cuando Dios ya había creado el cielo, la tierra y todos los seres vivientes que la habitaban, se detiene a reflexionar consigo mismo diciendo: Hagamos al hombre según nuestra imagen y semejanza. El texto del Génesis que sigue, al relatar el acontecimiento divino de creación hombre, menciona sólo una de las características con las que Dios *modeló* a Adán: la imagen, y calla lo relativo a la

semejanza. El texto es claro y contundente: Y Dios formó al hombre según su imagen.

¿Pudo el todopoderoso olvidarse de la semejanza? En realidad, esta acción no dependerá solamente de una influencia divina, sino que supondrá una cooperación libre y voluntaria del hombre. Ireneo, a partir de la figura simbólica del alfarero primordial, enseña que el Padre tomando el barro más puro, tierra mezclada con la humedad de su Espíritu, modela a Adán en un ritmo armónico de tiempo y eternidad. Ireneo lo expresa de esta manera:

Mediante este orden, con dicha conveniencia y con tal modo de proceder, el hombre hecho y plasmado se convierte en la imagen y semejanza del Dios increado: con el beneplácito y mandato del Padre, mediante el ministerio y la obra formadora del Hijo, siendo el Espíritu el que nutre y da el crecimiento. El hombre, a su vez, poco a poco se desarrolla y llega a la perfección, es decir, se hace más cercano al increado (Ireneo de Lyon, IV, 38, 3).

La expresión poco a poco manifiesta el proceso de perfeccionamiento en el cual, el hombre entra en *ritmo* desde la creación. En este movimiento especial intervienen dos acciones: la acción humana y divina:

Pues convenía que primero el hombre fuese creado, que una vez creado creciera, una vez crecido llegara a la adultez, hecho adulto se multiplicase, multiplicado se consolidase, consolidado se elevase a la gloria, y en la gloria contemplase a su Señor. Pues es a Dios a quien ha de ver, y la visión de Dios produce la incorrupción; que nos acerca a Dios (Ireneo de Lyon, IV, 38, 3).

El ritmo, el proceso de desarrollo humano hacia la semejanza divina, es denominado por Evieux (1967, p. 12) como acostumbamiento. Este vocablo, utilizado por Ireneo aproximadamente unas 24 veces en *Adversus haereses*, manifiesta

la naturaleza *educable* del hombre, ya que, desde la creación hasta el fin de los tiempos, este se encuentra en un proceso de acostumbamiento y progreso hacia su participación y asimilación de la vida divina, que implica, además, una superación de su naturaleza. Se trata entonces de un proceso rítmico que tiene diferentes etapas que van desde la creación hasta la *incompactela*.

Según el texto anterior, las etapas que propone Ireneo son:

- Creación
- Crecimiento
- Adulterez
- Multiplicación
- Consolidación
- Elevación a la gloria
- Contemplación de Dios.

Este ritmo implica un orden, y la alteración del mismo por parte de Adán en el paraíso, es lo que introdujo el pecado en la historia humana. El hombre no quiso esperar el tiempo de aprendizaje establecido por Dios para su maduración divina y quiso ser como Dios con solo comer del fruto del árbol del bien y del mal. Ireneo reniega de esta actitud del hombre que intenta no seguir la economía divina:

Son irrazonables, pues, los que no esperan el tiempo de su crecimiento e imputan a Dios la debilidad de su naturaleza. No se conocen ni a sí mismos ni a Dios, ingratos e insaciables, rehúsan ser aquello que fueron hechos: seres humanos sujetos a pasiones; sino que, sobrepasando la ley de la raza humana, antes de hacerse hombres pretenden ser semejantes al Dios que los hizo

negando la diferencia entre el Dios increado y el ser humano creado en el tiempo (Ireneo de Lyon, IV, 38, 4).

Y, en otro lugar afirma: Sin embargo, muchos que simulan creer rectamente descuidan el orden que debe seguir el crecimiento de los justos, e ignoran el ritmo del camino hacia la incorrupción (Ireneo de Lyon, V, 31, 1).

El pecado fue también el origen de la muerte del hombre. En Ireneo el tema de la muerte parece complejo. Según refieren los textos del santo, si Adán hubiera observado el mandato de Dios, hubiese permanecido en el estado de no-mortal con el que fue creado en el Paraíso. Pero quebrantó la Ley y él y su descendencia conocieron la muerte.

Y le impuso Dios algunas reglas, de suerte que, si observaba el mandamiento de Dios, permanecería siempre tal como era, esto es, inmortal. Pero, si no la observaba, se haría mortal, destinado a disolverse en la tierra de donde había sido tomado su plasma. (Ireneo de Lyon, Epid. 15).

Desde esta perspectiva, la muerte física parece ser la pena del primer pecado. Para el Obispo de Lyon, este tipo de muerte posee un gran valor. A diferencia de los gnósticos, para quienes la materia no era parte esencial del compuesto humano, su pérdida será una liberación. En Ireneo el hombre, al ser esencialmente carne, la disolución de la misma significará el fin mismo del hombre.

Si el plan de Dios destinaba al hombre a la vida divina, la muerte, ¿será un obstáculo para este proceso? El hombre, al padecer la muerte ¿queda sin la posibilidad de terminar su configuración con Dios? ¿Tiene la muerte otro sentido o finalidad?

3. La muerte en el *ritmo* hacia la incorrupción

La muerte adquiere también otro significado. Además de pena, es remedio.

De este modo le impidió seguir transgrediendo el mandato, le impuso la muerte y marcó un límite al pecado al ponerle a él un término en la tierra mediante la disolución de la carne. De esta manera el hombre, al morir, dejaría de vivir para el pecado y comenzaría a vivir para Dios. (Ireneo de Lyon, III, 23).

Desde esta perspectiva, cambia el sentido de la muerte. De ser el castigo a la transgresión, es el remedio misericordioso de Dios para poner fin a la misma en la vida del hombre. La muerte se convierte en el último acto del régimen mortal, para reiniciar luego, el régimen de la inmortalidad, según la libertad humana. Así, el pecado y la muerte no destruyen la obra de Dios. El pecado y la muerte sólo implicaron un cambio de régimen para el hombre, pero nunca fue obstáculo para Dios, quien sigue su obra, la plasmación del hombre para la vida divina, sin pausa.

El hombre introdujo el pecado en la historia y estableció un nuevo régimen en orden a la resurrección y su incorruptela. Pero este nuevo orden contempla una etapa de preparación antes de la contemplación de Dios: el milenio.

La etapa del milenio, tiempo intermedio entre la resurrección y la vida eterna, tendrá pues, como fin, el paulatino acostumbamiento a la semejanza divina. Los hombres contarán aún con un tiempo más para prepararse a la visión definitiva del Padre, llamado preludeo de la incorruptibilidad.

Para alcanzar la incorruptela es necesario transitar este tiempo en el que se ejercita, se crece y toma vigor la capacidad de contemplar la Gloria del Padre.

No podemos decir que se trata de una mera alegoría; sino que todo cuanto Dios preparó para la felicidad de los justos tiene un sólido y verdadero cimiento. Pues, así como es verdadero y no alegórico el Dios que resucita al hombre, igualmente será que el hombre resucite de entre los muertos, como lo hemos expuesto con los anteriores argumentos. Y, así como resucitará de verdad, así también se preparará (*ditabitur*) verdaderamente para la incorrupción, se desarrollará (*augebitur*) y madurará (*vigebit*) en el tiempo del reino, a fin de capacitarse (*ut fiat capax*) para la gloria del Padre (Ireneo de Lyon, V 35, 2).

La última etapa del *ritmo de la economía divina* consiste en la visión directa de Dios por el hombre. Pero, según Ireneo, el compuesto humano, la carne, al ser incapaz de ello por su naturaleza, necesitará de un tiempo extra para prepararse.

Más algunos cambian de opinión, dejándose arrastrar por las prédicas de los herejes, e ignoran la Economía de Dios y el misterio de la resurrección de los justos y del Reino, que es el prelude de la incorrupción; Reino por el cual quienes fueren dignos poco a poco se acostumbrarán a captar a Dios (*paulatim assuescunt capere Deum*) (Ireneo de Lyon V 32,1).

El tiempo constituye en el Lugdunense una categoría indispensable para lograr la maduración divina. Desde la plasmación del hombre por Dios toda historia humana y, por ende, todos sus acontecimientos, se convierte en historia de salvación.

Por ello, la consigna ireneana de observar el orden humano (Ireneo de Lyon IV 39,2) invita a considerar e integrar al plan salvífico, cada uno de los hechos de la vida cotidiana. La vida misma se presenta como escuela de perfeccionamiento.

Conclusión

El hombre es creado capaz de alcanzar la semejanza. Esta nota antropológica de Ireneo se relaciona directamente con el hecho de ser plasmado, ya que con esta característica se manifiesta la cualidad perfectible de su naturaleza.

La muerte adquiere un sentido de castigo y remedio que no interrumpe el plan de perfeccionamiento del hombre.

La muerte y la vida después de ésta, adquiere una dimensión pedagógica en el ritmo hacia la incorrupción y el hombre para poder conseguir su semejanza no debe separarse de ese orden dispuesto por el creador tal como le pasó en el principio.

Esta invitación a seguir la vocación trascendental humana, el ritmo, el orden, muy presente en el pensamiento de Ireneo, es lo que quise resaltar y encuentra alguna resonancia en la obra en Dante (2015), en uno de los versos del Paraíso donde Beatriz exclama:

Le cose tutte quante
hanno ordine tra loro, e questo è forma
che l'universo a Dio fa simigliante (Paradiso I, 103-105).

Referencias bibliográficas

Allighieri, D (2015). Obras completas de Dante Allighieri. Madrid: B.A.C

Dufourcq, A. (1940). *El cristianismo antiguo. Desde los orígenes hasta el feudalismo*, Buenos Aires: Librería Hachette.

Eusebio de Cesarea. (1973). *Historia Eclesiástica*, Tomo I, Madrid: BAC.

- Evieux, P. (1967). *Théologie de l'accoutumance chez Saint Irénée*, S/L, RSR.
- Hernández de Lamas, G. B. (2016). La educación de la justicia: el contrapaso en la comedia dantesca [en línea]. *Prudentia Iuris*, 82. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/educacion-justicia-contrapaso-comedia-dantesca.pdf>
- Morales, E. (2008). *Introducción a la Patrología*. Buenos Aires: San Benito.
- Polanco Fernandois, R. (2000). El milenarismo de Ireneo o teología antignostica de la caro capax Dei, en: *Teología y Vida*, v.41 n° 1, (2000), Santiago disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0049-34492000000100003
- Renan, E. (1946). *Historia de los orígenes del cristianismo*. Tomo II, Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- Rousseau, A. & Doutreleau, L. (1974). *Irénée de Lyon. Contre les Hérésies. Libre III* (SC 210-211), 2 vol., París: Les Éditions du Cerf.
- Rousseau, A., Hemmerdinger, B., Doutreleau, L. & Mercier, C. (1965) *Irénée de Lyon*.
- Rousseau, A., Doutreleau, L. & Mercier, C. (1969). *Irénée de Lyon. Contre les Hérésies. Libre V* (SC 152-153), 2 vol., París: Les Éditions du Cerf.
- Vives, J. L. (1970). *Los Padres de la Iglesia*. Barcelona: Herder.